

Los hombres del alba

Los círculos concéntricos

Salvador Gallardo Cabrera

UNO

¿A qué hora del día escribía Efraín Huerta? ¿En la mañana cívica, al abrigo del mediodía, por la tarde retorcida, en la noche anunciadora o en la madrugada con luz blanca detrás de los ojos? Si la vida es un fenómeno rítmico, la poesía también tiene sus ritmos circadianos: la duración de los ciclos de luz, la temperatura, las fases lunares y las variaciones de las estaciones, son factores desencadenantes que actúan sobre los relojes biológicos endógenos a través del sistema nervioso. Y aunque hoy nos regimos por el día electrónico deslocalizado, basta hacer un viaje intercontinental en avión para sentir el peso de la turbulencia circadiana: el *jet lag* nos recuerda los ritmos de la rotación de la Tierra. Desde la literatura, ¿no hablamos de poetas lunares y de poetas cuyos versos funcionan como la respiración de las mareas? ¿No explicamos que la sonoridad de un poema depende de su orientación rítmica? ¿Que una determinada variación en el verso se manifiesta con regularidad o que un determinado régimen de luz singulariza a un poeta? No se trata, por supuesto, sólo de metáforas o de símiles. La poesía está finamente ligada al ritmo de la Tierra, de los espacios y de los cuerpos.

En ese sentido, la poesía mexicana se ha caracterizado como una poesía crepuscular, dominada por una luz débil. A esa caracterización cronopoética se le han ido sumando adjetivos y juicios terminantes: ornamental, inmovilista, demasiado ceñida al canon y a la consolidación identitaria; una poesía de excelente factura, pero conservadora y carente de fuerza vital. Desde esa definición se han establecido generalizaciones vanas y contraposiciones ilusorias en las que no me detendré. Lo que me interesa es el aspecto crepuscular de la poesía me-

xicana, su luz menguante, su fuerza de marea descendente; una caracterización cronopoética, alejada de las valoraciones morales o de las calificaciones cualitativas, que en ocasiones puede ser útil para mostrar parentescos, líneas de afinidad o diferencia entre los poetas. Así, por ejemplo, hablamos del influjo solar de los poemas de Pellicer, de su luminosidad y de su poética de vuelo, tan diferentes de la media luz de Villaurrutia y de la poética interiorista de Gorostiza.

A setenta años de su publicación, no es difícil advertir que con *Los hombres del alba*, Efraín Huerta creó una nueva orientación lumínica y sonora para la poesía mexicana, muy alejada del tono crepuscular. Es más difícil ver, en cambio, que esa nueva orientación está entrelazada a un trabajo constructivo complejo y de varias dimensiones. En *Los hombres del alba* hay un esfuerzo constructivo irreductible a los golpes de emoción y sentimiento, a la proyección de convicciones políticas y al uso de un cierto lenguaje antipoético, con que se ha encasillado su obra.

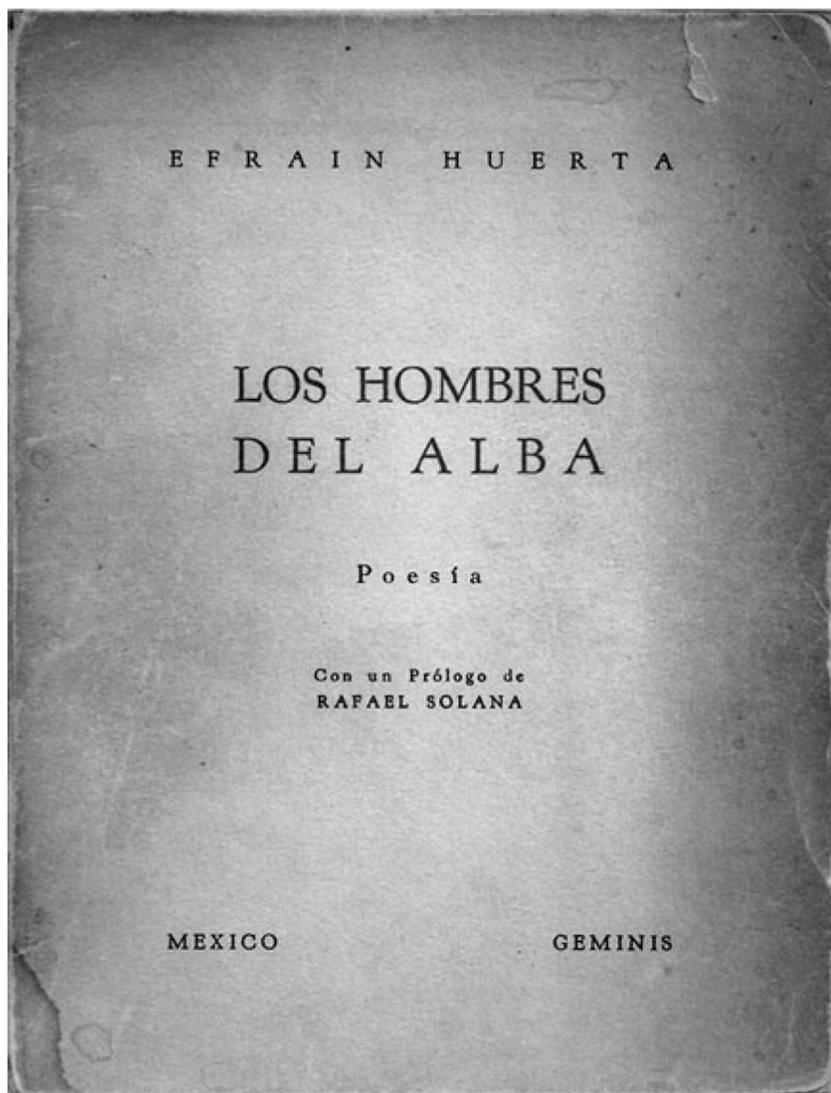
DOS

Hay una estructura de círculos concéntricos en *Los hombres del alba*: versos, estrofas, poemas que amplían su radio de acción, que impulsan cambios de tono, un lirismo mayor, una mayor intensidad. Algunos círculos operan por condensación, algunos se propagan desplazando superficies semánticas, algunos se mueven en circuito. Otros más, círculos que son ondas, van y vienen entre las condensaciones y los anillos en crecimiento, son intermediarios entre los círculos. Una estructura de circulación, en movimiento. El vehículo es el verso blanco,

el único vehículo posible para explorar la zona en que empieza a aparecer la luz del día, un verso que hay que controlar para que no se convierta en melodía o desemboque en canción. El alba es una zona blanca indeterminada, vaga y de carácter abierto, donde los sentidos aparecen escindidos entre la oscuridad y la luz: es un umbral. El énfasis del verso rimado no podría haber dado cuenta de esa zona atravesada por ráfagas, ondas y franjas en que todo está por formarse. Si la métrica reestructura el tiempo, el verso blanco busca reestructurar el espacio poético. Un círculo sonoro-lumínico crece ahí: hay ruidos, no melodías, y Efraín Huerta interdigita en sus versos epítetos monocromos que muestran que el alba es una zona en movimiento, como el propio poema. Se ha dicho que en *Los hombres del alba* no hay color. ¿Qué el blanco no es la reunión de todos los colores? Hay que ver cómo los epítetos monocromos crean un régimen de luz matizada muy amplio: de la fría luz de la ausencia sin olvido a “las estrellas plateadas de cinismo”, del “cielo azul, purísimo”, a los “pétalos de violetas”. Entre brillos, flores claras, luz de invierno, el alba negrera, y ruidos escalofriantes, la metralla nocturna, el grito durísimo de la muchacha ebria, se va desarrollando el ciclo de las apariciones y de las ausencias. Los versos están estructurados, entonces, para dar cuenta de las cualidades sonoras de las palabras escritas; los adjetivos sirven para hacer cambios tonales o subrayados de intensidad.

TRES

Verso significa vuelta, línea que vuelve, pero una de las tentativas poéticas contemporáneas más decisivas ha sido fugar el verso. Contra la inercia de unir, de equiparar una cosa a otra, Efraín Huerta hace crecer un círculo de exploración sintáctica: versos fluctuantes que rodean, desfondan, se distancian o ahuecan los términos de constancia conceptual: ansia, odio, deseo, cinismo, crueldad, verdad, olvido. De ahí la adjetivación poco halagadora que disloca los enlaces consabidos, que quiebra la irrupción de las referencias, que intensifica los verbos. El círculo sintáctico creado para poner de manifiesto la vida en las cosas. La sintaxis dislocada que hace circular una ética inconfortable, fuera de los valores establecidos, en la zona de incertidumbre donde se tiene por corazón “un perro enloquecido”. En *Los hombres del alba* no hay ideología ni panfleto alguno: hay una nueva sintaxis que expresa la posibilidad de una vida diferente. Rafael Solana creía reconocer una “humanización” paulatina del poeta. Veía los círculos de condensación en los poemas, pero su conclusión es errónea. Nada más alejado del trabajo sintáctico, y de las orientaciones éticas, de Efraín Huerta. Si hay menos referencias distanciadas,



ras, si las alusiones se vuelven más concretas que sugerentes, si la expansión del círculo sintáctico encuentra más condensaciones, es porque el poeta ya no se distingue de su creación (el que mira ya no es más consistente que lo mirado), porque la propia estructura en círculos concéntricos obliga a un tono que gana en intensidad, porque todo está ocurriendo en presente, y el poema es una realidad en sí mismo.

CUATRO

El proyecto constructivo de *Los hombres del alba* no busca alcanzar una forma, como Gorostiza en “Muerte sin fin” o Paz en “Piedra de sol”, sino crear una estructura móvil, abierta, de círculos concéntricos. Este libro, publicado por Efraín Huerta a los treinta años, es el primer libro de poesía mexicana estructurado como un proceso, no una colección de poemas agrupados. Los círculos estructuran un ambiente, las creaciones sintácticas, los títulos de los poemas, los tonos, las rupturas de tono, las filiaciones semánticas, los estratos de intensidad. Se trata de una estructura móvil porque no es

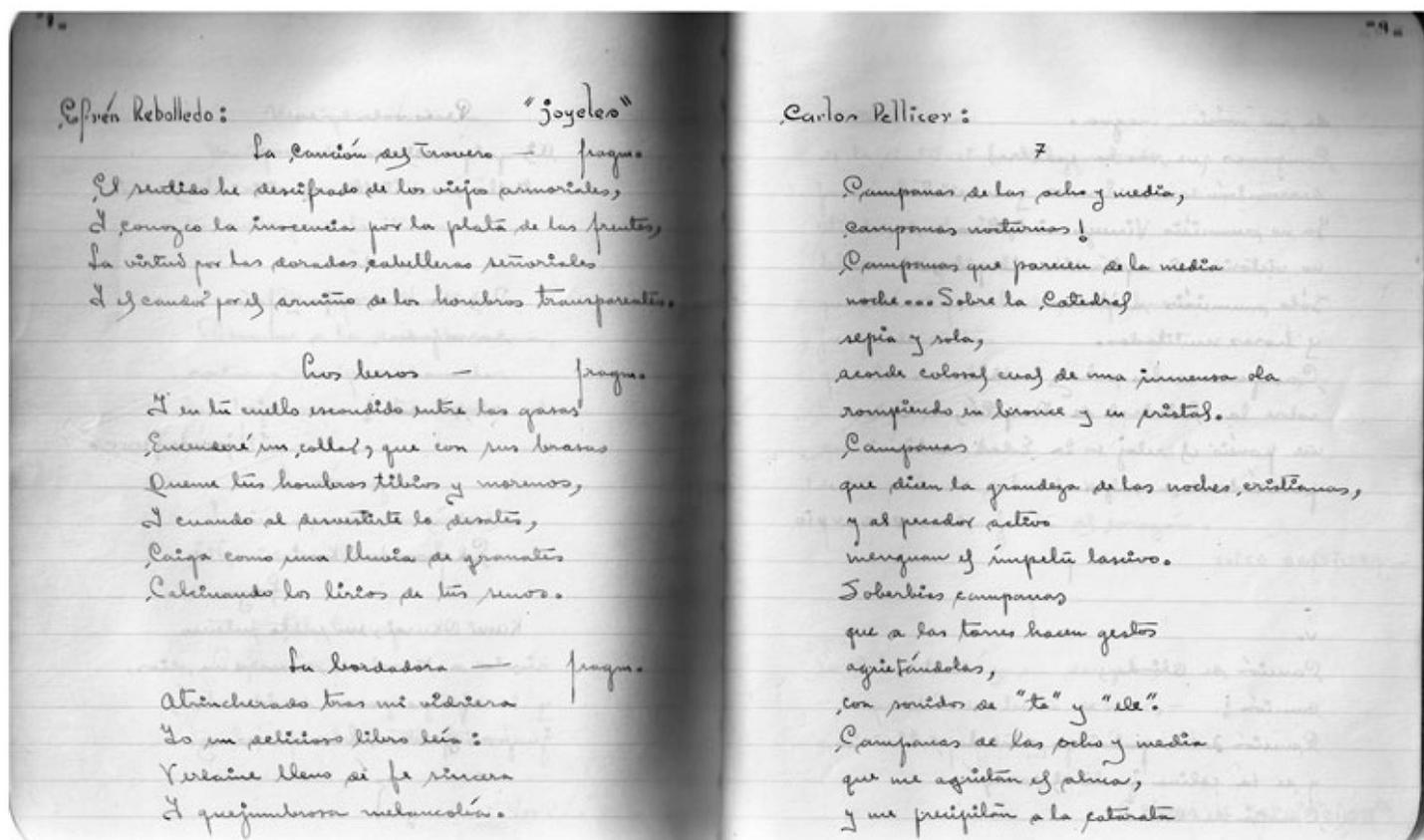
una especie de contenedor para los poemas, ni los predetermina, ni está superpuesta, ni desemboca en una totalidad. Hay que entender estructura como un proceso abierto entreverado en los poemas. ¿Cómo no ver que entre los títulos de los poemas, por ejemplo, hay una red de resonancias y de correspondencias que se dobla en los poemas mismos? La aparición de la ciudad es también un proceso: en los primeros poemas aparece apenas el “cemento doloroso de las banquetas”, la ciudad de campanas, plazas públicas y jardines de López Velarde, que se va condensando en la ciudad “negra o colérica o mansa o cruel”, la larga, larga ciudad, complicada, en permanente expansión, como los anillos de crecimiento que atraviesan los poemas. Uno de los mecanismos constructivos de este proceso es el *gotear de cosas* al que se alude en “Verdaderamente”, y que el poeta utiliza a lo largo de todo el libro. No la enumeración nerudiana, ya no la búsqueda del contorno o de la contraposición de los pares opuestos que utilizó Lorca, sino las cosas apareciendo como ondas, enlazadas y aisladas a la vez. Quedan los nombres, pero se fugan los significados: el ansia se desplaza al “infinito ciego”, el frío a la “ausencia sin olvido”, la vida nueva al “fruto permitido”.

CINCO

Parece un intento vano señalar este trabajo constructivo en un libro que se ha sostenido con tanta fuerza a

través de setenta años. ¿Qué más da si una estructura móvil de círculos lo recorre o no? A mí me parece que si *Los hombres del alba* se ha sostenido todo este tiempo, y ofrece tantas lecturas en presente, es justamente en virtud de esta creación poética. Recordemos el furor constructivo en la poesía mexicana desde los años sesenta: todo el mundo quería escribir un libro con estructura, un libro que funcionara estructuralmente o que, incluso, propusiera una estructura desestructurada. Ese furor alcanza nuestros días: hay quien dice escribir poesía conceptual o experimental donde cabe todo. En la poesía mexicana se podría trazar, como ha hecho Eduardo Milán, un arco que va de la legitimación de la creación de ornamentos a una legitimación indiscriminada de toda práctica. Los extremos de este arco se tocan porque comparten una actitud acrítica frente a la poesía, y también porque no han visto con suficiente penetración que la construcción poética no es imponer una forma a una materia vivida o imaginada. Más bien, es crear una posibilidad, un espacio nuevo.

Eso hizo Efraín Huerta con *Los hombres del alba*: abrir un espacio nuevo para la poesía mexicana. Lo hizo, como los más grandes poetas, creando un orden sintáctico nuevo. Una tarea que exige un gran rigor, un trabajo para el que apenas existen palabras, impulsado por una fuerza inmanente con la que, paradójicamente, “perdemos contacto con el suelo: / vamos al infinito apoyados en nuestra propia sangre”.



Poemas de Efraín Rebolledo y Carlos Pellicer transcritos por Efraín Huerta, 1933